

LIBROS

Ortega y la política

Al alcanzar el número 500 de su colección «El libro de bolsillo», Alianza Editorial, sus gestores han querido marcar el acontecimiento con un regreso a los orígenes. El primer libro de aquella había sido, en 1966, unas *Lecciones de metafísica*, de José Ortega y Gasset; ahora reaparece el nombre del pensador liberal con unos *Discursos políticos*, selección de los que pronunciara entre 1909 y 1932 (1).

El libro se inscribe así en el proceso de redescubrimiento de Ortega como político que iniciaron, en 1969, los volúmenes X y XI de sus *Obras completas*. En ellos se compilaban por primera vez multitud de artículos y algún discurso que hacían mucho más compleja y coherente la trayectoria ideológica del filósofo madrileño. Antes, era de todos conocida su actitud crítica frente a la Restauración, encarnada por el siempre citado discurso *Vieja y nueva política*, la reflexión sobre la crisis del sistema *España invertida*, habitualmente mal leída, y piezas sueltas y muy sonoras, como los artículos de la *dictablanda*, la posición sobre el problema catalán y el manido «No es eso, no es eso», reducido a gazonería justificativa de liberales que se permitían sancionar en dos palabras la suerte de la República sin proceder a un mínimo análisis de sus circunstancias. Ciertamente también colaboró a la nueva visión la positiva actitud historiográfica de bajar a las fuentes de pre-

sa, con resultados muy diversos, como los descubrimientos del francés Conard, a la erudita ampliación que trajeron *Las empresas políticas de José Ortega y Gasset*, el lúcido ensayo de J. M. Desvois sobre los orígenes de *El Sol* o el notable análisis monográfico de Evelyne López Campillo sobre la *Revista de Occidente*. Son todos ellos prueba de un progresivo enriquecimiento de nuestro saber sobre Ortega, felizmente desatado del ciclo de reflexiones post-mortem a que las peculiares condiciones intelectuales de España de los cincuenta condenaron a amigos y enemigos.

En este sentido, los trabajos políticos de Ortega descubrieron una nueva imagen, desde los iniciales flirteos en torno a la idea y la organización socialistas, hasta unos contornos mucho más precisos de su acción durante la República. En lo primero, fue Ortega, sin duda, el primero de nuestros intelectuales en formular una posición sansimoniana respecto a la clase obrera, con unas aspiraciones de integración y control que expresa muy bien su concepto de «socialismo nacional». Tuvo, en consecuencia, la virtud de no caer en el espejismo de otros intelectuales, buscando en la clase obrera el protagonista de la frustrada revolución democrático-burguesa, para tratar a continuación de hacerla asumir unos intereses y unos criterios de acción que correspondían, desde luego, al origen de clase del intelectual con mucha mayor intensidad que a sus nuevos destinatarios. El ciclo ideológico iniciado con *Vieja y nueva política*, la Liga de Educación Política y el semanario *España* dan cuenta bien a las claras de lo fructífero de la posición orteguiana, coherente en su distanciamiento progresivo del partido de Pablo Iglesias. De esta sugestiva etapa inicial, la selección de discursos que comentamos ofrece sólo una imagen incompleta. Aparece, es cierto, el ya conocido *Vieja y*

nueva política, pero enmarcado muy brevemente por una sola pieza de sus intervenciones en torno al socialismo hacia 1910. Es una notable conferencia sobre «La ciencia y la religión como problemas políticos», pronunciada ante los jóvenes socialistas de Madrid que introduce bien al tema, pero que requeriría el complemento de leer otros textos similares para lograr una imagen más precisa.

A continuación, hay que lamentar el vacío de diecisiete años que separa la defensa de Unamuno pronunciada ante la Sociedad «El Sitio», en octubre de 1914, y la intervención en Segovia, de febrero de 1931, ya en plena campaña de la Agrupación al Servicio de la República. Nuevamente es inexcusable la referencia a los artícu-



los de prensa reunidos en las *Obras completas* para recuperar un curso que de otra forma se nos escapa por entero.

En cambio, los discursos republicanos devuelven muy bien la perspectiva con que Ortega se sitúa ante, y muy pronto, frente al régimen nacido el 14 de abril de 1931. El discurso electoral de junio de 1931, pronunciado antes quienes llama reiteradamente «gentes de León» es ya una definición clara de su actitud: búsqueda de nuevas formas constitucionales en el peligroso camino de la superación de la democracia parlamentaria; desdén hacia la nueva clase política, cierta tendencia a encubrir los verdaderos objetivos del discurso, especialmente en las frases dirigidas

hacia la clase obrera; frecuentes alternativas entre una cierta vaguedad y una precisión sorprendente en el tratamiento de las categorías políticas; en fin, articulación de los proyectos en torno al concepto lisitano de sistema económico nacional que, aunque lo rechaza más de una vez explícitamente, entraña conformismo obligado de las clases trabajadoras y prioridad al desenvolvimiento de un capitalismo dirigido e impulsado por el aparato estatal. Las consecuencias son conocidas: campaña de rectificación de la República, lanzamiento infructuoso de la idea ambivalente de un gran partido republicano nacional, acercamiento no menos truncado al naciente grupo republicano conservador de Miguel Maura (ver discurso del cine de la Opera). Más tarde, ensayos estériles, críticas cada vez más espaciadas y, para volver a poner las cosas en su sitio, el resonante y bien venido ¡Viva la República!, que sigue al triunfo derechista de las elecciones de 1933. Finalmente, prólogo a la cuarta edición de *La rebelión de las masas*, crítica acerca de Luis Araquistain desde *Leviatán*, etcétera. Pero el papel político de Ortega había agotado ya sus posibilidades, desde la disolución de la Agrupación al Servicio de la República.

Las notas anteriores sirven, a nuestro juicio, para probar el excepcional interés de esta salida popular de los discursos políticos de Ortega. No estamos, sin embargo, tan conformes con el planteamiento, insuficiente, a nuestro juicio, de esta edición. Paulino Garagorri, discípulo y excelente conocedor de la obra de Ortega, ha querido escribir un prólogo liberal, y, en consecuencia, no condicionante de la visión que el lector pueda adquirir de los textos que va a encontrarse. Es el mismo criterio que ya siguió hace algún tiempo para presentar los escritos de Pérez de Ayala. Pero cuando se trata de un contexto tan mal conocido como

el que rodea la actividad de un intelectual y político como Ortega, nada menos que de 1909 a 1932, la renuncia a condicionar equivale a desarmar las posibilidades críticas de los quinientos o veinte mil eventuales lectores de la obra. Está muy bien el criterio de «aceptar la realidad para poder introducir en ella la libertad», pero es preciso un mínimo de información para que aquella realidad pueda entregar mínimamente su significado. Sin una conveniente anotación, los discursos de Ortega —y pensamos especialmente en los discursos republicanos— recuerdan un ejercicio pugilístico compuesto de golpes dirigidos al vacío, en que la supuesta perfección técnica del protagonista acaba por desvanecerse del todo. Pueden muy bien leerse las sucesivas disertaciones como expresión de un conocimiento válido, de un auténtico diagnóstico de la República, como sofisticada manifestación de un conservadurismo social puesto en boca de un excelente creador del lenguaje, incluso parcialmente como reflexión indecisa de un pre-totalitario. Es posible que estas lecturas, u otras alternativas, tengan perfecta validez; pero para extraer tales consecuencias, el lector hubiera debido contar con la aludida información sobre su contexto. Sólo así puede conseguirse, desde nuestro momento histórico, «la mente serena y clara reflexión» que siempre Ortega tuvo por norte de su actividad intelectual. ■ ANTONIO ELORZA.

Vida y milagros de Monseñor Escrivá de Balaguer

Luis Carandell acaba de publicar en la Editorial Laia, de Barcelona, un libro que se ha convertido ya en un best-seller. La primera edición de su obra se agotó en Barcelona antes de llegar a Madrid. Y ahora figura entre los

primeros títulos de mayor venta, sin duda estimulada por la curiosidad natural que despierta un libro de este género —y un autor tan incisivo como Carandell— después del fallecimiento del fundador del Opus Dei.

Este libro tiene, a mi modo de ver, un defecto que hará pasar inadvertido a muchos el fondo del mismo: la ironía y el humor de su autor. Habrá demasiada gente —lo mismo entre los partidarios que entre los contradictores— que se fijen más en este factor «seriamente» jocoso que maneja con tanta maestría Carandell, que en el fondo investigador que late en el libro, y que es su mejor aportación.

El Opus Dei, no nos engañemos, es algo difícil de entender. No llegamos a conocerlo ni comprenderlo muchos españoles. Yo llevo varios años pacientemente dedicado a observarlo, a documentarme y a leer cuanto publican sus seguidores, y muchas veces no me atrevería a decidir acerca de muchas cuestiones importantes sobre su realidad espiritual. Casi todo lo hasta ahora publicado adolece o de excesiva simplicidad crítica o de exagerado optimismo laudatorio. Y ni una ni otras posturas clarificadoras para un investigador de la espiritualidad religiosa. Con los jesuitas hace años se pensaba lo mismo: todo eran o críticas negativas, llenas de un anecdotario negro, o alabanzas infantiles.

Por eso me parece meritoria por demás la labor de Carandell desbrozando anécdotas y hechos que, sin ningún género de duda, servirán en el porvenir para aclarar lo relativo a la historia del fundador de este difícil problema religioso que es el Opus Dei.

Tiene indudables aciertos el autor de esta obra al enjuiciar la clave de algunos aspectos del Opus y de su desarrollo. Por ejemplo, el relativo a «la concepción familiar-paternalista» de esta institución,